

Merced á este sistema, no se ve ya en Europa aquel espíritu de misterio en que por tantos siglos anduvo envuelta la Medicina (1).

VII.—**Escuelas y colegios de Medicina: alumnos internos.**—No es la clínica la sola ventaja que ofrecen los hospitales, sino que á la par se dan allí las lecciones más útiles y oportunas; y sería de gran utilidad que los colegios de Medicina y Cirujía fuesen instalados en los anejos de aquellos establecimientos. Apartados los discípulos de este modo del mundo de los placeres y distracciones, hallarían á la vez todo lo concerniente á su profesión y todas las ventajas de la vida en común, desde el punto de vista de la vida material y de las buenas costumbres (2). Añadiremos que la institución de los hospitales ha traído como consecuencia la de los alumnos internos, que consiste en confiar el cuidado de los enfermos á cierto número de escolares, cuyas plazas concedidas por oposición, excitan una noble emulación entre la juventud. ¡Cuántos sabios, gloria de las universidades más célebres, deben su ilustración, en efecto, á su siempre tan querido título de interno de los hospitales!

VIII.—**Academias médico-quirúrgicas y museos patológicos.**—Finalmente, en las Academias es donde se relacionan muy frecuentemente los médicos, siendo éste el medio más hábil de cambiar entre ellos sus luces para el tratamiento más ventajoso acerca de las más raras y azarosas dolencias; sistema excelente recomendado ya por Hipócrates (3). Estas reuniones científicas han sido siempre consideradas como excelentes y muy útiles para la difusión del saber humano, y muy especialmente de la Medicina, que es el resultado de observaciones cotidianas y multiplicadas; puesto que hechas en común y bajo la comprobación de los compañeros, resultan indudablemente más seguras, exactas y numerosas. Por donde se ha podido decir de las Academias *que establecían un comercio, cuyo capital lejos de disminuir, venía á ser de año en año un manantial de nuevas riquezas* (4).

(1) Postiglione, *Istituzioni di Medicina Clinica*, pág. 1, c. vi.—Consúltese además Wandeler, *De insigni emendatione praeceos Medicæ in Nosocomiis inveniendâ*. Copenhague, 1748.—Duchavoy et Lamelin, *Memoire sur l'utilité d'une école Clinique*. Paris, 1778, publicada en el *Giornale di Fisica*, suplemento al tom. XIII, pág. 477.—Franck, *Plan d'une école Clinique, ou Methode d'enseigner la pratique de la Medecine dans un hôpital Academique*. Viena, 1790.—Brute, *Essai sur l'hist. et les avantages des institut. Cliniq.* Paris, 1803.

(2) V. los Reglamentos del colegio Médico-Quirúrgico, Nápoles, 1816.

(3) *Præcept.*, tom. I, pág. 27. Oper. Génova, 1657.

(4) *Memorias de la Real Academia de Cirujía*, tom. I, Præf., pág. 43 y sig. Paris, 1781.

La propia naturaleza humana enferma es la que suministra los elementos para las mismas, así como las varias piezas de los museos patológicos. Frecuentemente, en efecto, en la práctica de la Cirujía, así como también en las disecciones anatómicas, se encuentran interesantes y extraordinarios fenómenos y anomalías, deformidades prodigiosas, ó como suele decirse, alguna *aberración* de la naturaleza; todo lo que, gracias á los medios de conservación que hoy día se poseen, es recogido, clasificado, coordinado, y constituye en los museos precioso objeto de estudio. La Fisiología y todas las demás partes de la Medicina han reportado y reportan diariamente de estos museos abundantes luces: habiendo resultado especialmente evidenciadas las *causas próximas* de innumerables enfermedades (1).

Creemos que lo expuesto bastará para demostrar las inmensas ventajas que los hospitales han proporcionado á la Medicina, y la gloria que por ello recae sobre el Cristianismo, su divino promotor y protector infatigable.

CAPÍTULO VIII

La Anatomía, asignatura fundamental de la Medicina, la autoriza únicamente la Religión cristiana

Necesidad de la Anatomía para la Medicina.—Natural horror que inspiran los cadáveres.—Ley mosaica relativa á este punto.—Supersticiones paganas sobre el mismo.—Conocimientos anatómicos de los antiguos.—Ignorancia de los árabes y de los chinos en Anatomía.—¿Por qué el Cristianismo ha autorizado la Anatomía?—¿Cómo se ha propagado la Anatomía?

I.—**Necesidad de la Anatomía para la Medicina.**—Si el análisis de la admirable estructura del cuerpo humano sirve al filósofo para conocerse bien á sí mismo, á fin de no ser como extranjero en su propia casa (2), y para descubrir en este *pequeño mundo* la sabiduría del Criador (3); con mayor razón puede decirse también que este mismo estudio constituye una de las ciencias fundamentales de la Medici-

(1) Franck, *Viaggio a Parigi, nell' Inghilt. e nella Scoz.* Vol. 2, pág. 51 y sig. Trad. ital. Milán, 1813. Mi respetable amigo, D. Antonio Nanula, se ha dedicado á este género de magníficos trabajos para los alumnos de los Colegios de Medicina.

(2) Galeno, *De Anat. Admirat.*, lib. II, c. 1.

(3) Idem, *De Usu Part.*, lib. XVII, c. III.

na (1). Por donde hase dicho: acercarse á un enfermo é intentar su curación, sin poseer aquel conocimiento, sería tan irracional como el pretender la recomposición de una máquina descompuesta sin conocer su mecanismo (2); como dirigir en medio de una tempestad un buque sin brújula ni timón (3); como emprender arduo y penoso viaje por tierra completamente desconocida (4). Por esto dijo sabiamente Hoffmann, *que era imposible adelantar en el estudio de la Medicina sin poseer un conocimiento exacto del organismo humano* (5); y Riolano escribía con idéntico motivo, *que el médico ejercitado en la Anatomía fácilmente descubriría las causas y el asiento de las enfermedades ocultas, y sabría prescribir con mayor oportunidad los remedios* (6): lo cual mil veces se ha demostrado hasta la evidencia (7).

II.—**Natural horror que inspiran los cadáveres.**—¡Sabe Dios, empero, las dificultades grandísimas con que las disecciones humanas han tropezado en el transcurso de los siglos! El aspecto de un cadáver y de sus partes internas, las emanaciones procedentes de las carnes descompuestas ó próximas á entrar en putrefacción, inspiraban disgusto y hasta horror. De otra parte, el natural instinto tiende á enterrar á los muertos lo más pronto posible, á fin de sustraerse á los miasmas cadavéricos (8); porque nuestra delicadeza y orgullo no se avienen con un espectáculo que nos recuerda nuestro propio destino. Todo esto es, en resumen, lo que ha inspirado en todo tiempo y en todas las naciones, mayormente en las menos cultas, un disgusto insoportable hacia los cadáveres.

III.—**Ley mosaica relativa á este punto.**—Teniendo en cuenta esta universal repugnancia y á título de *médico de Israel* (9), quiso Dios que se tuviese *como impuro á cualquiera que hubiese tocado el cadáver de un animal inmundo*, y que la mancha legal así contraída durase

- (1) Boerhaave, *Method. Stud. med.* P. VII, pág. 305. Venecia, 1793.
- (2) Cotugno, *Spirito della Medicina*, pág. 25. Nápoles, 1793.
- (3) Drelincurt. *Prælucl. Anatom.*
- (4) Portal, *Cours d'Anatomie Médicale*. Preface, pág. 11.
- (5) Hoffmann, *Prolegom.*, c. II, pág. 15.
- (6) Riolan. *Anthropol.*, lib. I, pág. 15.
- (7) Bartolin., *Consilium de Anatom. practica ex cadaveribus morboris adoranda*. Copenhagen, 1674.—Bonet, *Sepulcretum, seu Anatomia practica ex cadaveribus morbo denatis*. Génova, 1679.
- (8) S. Agustin, *De Cura pro mortuis*, c. VII y sigs.
- (9) S. Agustin, *Serm. IX, De Verbis Domini*, n. 70.

un solo día (1); pero tal mancha debía durar siete días para aquel que hubiese *tocado el cadáver de un hombre*. Había al mismo tiempo instituido las ceremonias para la purificación del que tal hiciera, amenazando con la muerte á aquel que rehusara someterse á ellas (2). También estaba prohibido tocar á las personas que llegaban á ser impuras por el contacto de los cadáveres (3), y ni siquiera había excepción para los ajusticiados, cuya sepultura no podía ser diferida (4). Numerosas y severas leyes sabiamente comentadas por Gakenho, explican el por qué las disecciones humanas estaban prohibidas entre los judíos (5), no pudiendo por tanto la Medicina aprovecharse de tan poderoso auxiliar (6).

IV.—**Supersticiones paganas sobre el mismo.**—Tampoco se mostraban más generosos los idólatras respecto á esta cuestión. En su concepto, el contacto de un cadáver hacía al hombre tan abominable como si fuera homicida (7). Imbuidos de sus fábulas ridículas, se apresuraban á enterrar á los muertos para no retardar su entrada en los campos Elíseos (8). Practicaban esta obra de caridad aún con los desconocidos (9), y cuando no podían lograrlo, suplíanlo erigiendo cenotafios y ofreciendo sacrificios en expiación (10).

Podríamos tal vez hallar una débil reminiscencia del dogma de la resurrección en el respeto universal que tenían á los cadáveres; respeto que prohibía toda violación, en los restos humanos, que destruyera su armonía (11); por cuyo motivo se podría considerar como una fábula la pretendida autopsia del cadáver de Aristomaco, referida por Plinio (12) y por Esteban de Bizancio (13), habiéndola sin embargo negado Pausanias (14). Las leyes romanas en particular prohibían

- (1) Levit., XI, 8 y 39.
- (2) Num., XIX, 11 y sigs.
- (3) Num., XIX, 22.
- (4) Deuter., XXI, 23.
- (5) *De immunditia ex contrectatione mortuor. secund. leg. Mosaic. ex Num.* c. XIX. Amsterdam, 1708.
- (6) Brambilla, *Storia delle Scoperte fisico-medico-anatomico-chirurgiche*, tom. I, pág. 102.
- (7) Euripid. *Iphig. in Taur.*, v. 380.
- (8) Homér. *Iliad.*, XXIII, v. 71 y sigs.
- (9) Procyrides, *Admonit. Poetic.*, v. 94.
- (10) Virgil., *Æneid.*, III, 304 y VI, 365.
- (11) Procyrides, *Admonit. Poetic.*, v. 97.
- (12) *Hist. Nat.*, lib. XI, c. XXXVIII.
- (13) V. Anania.
- (14) Lib. IV, c. XXIV, pág. 541.

practicar *incisión* alguna en los cadáveres (1), y Plinio consideraba como delito el simple hecho de *mirar las entrañas* (2).

V.—**Conocimientos anatómicos de los antiguos.**—Indudablemente, faltos los médicos de Anatomía en la antigüedad, sus errores fueron necesariamente muy numerosos, tanto, que ni el mismo padre de la Medicina pudo sustraerse á ellos (3). Demócrito quiso sustituir aquel defecto por la disección en el cuerpo de los brutos (4), y Aristóteles, que siguió las huellas de aquél, refiere en su *Historia de los animales*, que nos sería desconocida la estructura del cuerpo humano, si no tuviera analogía con el de los brutos (5). Erasistrato, por el contrario, ávido de avanzar en la ciencia, y temiendo por otra parte ofender las leyes de la superstición, imaginó conciliar aquel doble sentimiento practicando incisiones en el hombre vivo (6); y por esto se dijo de Herófilo, su imitador, que *dejando de ser médico para convertirse en verdugo, detestó al hombre para poderlo conocer* (7).

Los empíricos, como se comprende, aprovechaban aquella situación, tratando de asesinos á los que obraban de aquella manera, y acusándoles de transformar al arte de curar en una mortífera peste. Concretaban éstos sus prácticas anatómicas á la simple observación de las *heridas* (8).

Galeno, finalmente, creyó obtener mayores resultados, enviando los aficionados á la ciencia médica al osario de Alejandría, donde podrían observar más fácilmente, en las tumbas que la casualidad hubiera abierto, la disposición respectiva de las piezas óseas en el esqueleto. Encargóles especialmente el estudio de la estructura de los monos (9), tal como él había ya realizado (10), sin haber advertido sin duda la diferencia inmensa que existe entre su organismo y el del hombre (11), incurriendo en consecuencia en gravísimos errores (12).

- (1) Portal, *Histoire de l'Anat. et de la Chirurg.*, pág. 1.
 (2) *Hist. Nat.*, lib. xxviii, 2.
 (3) Portal, *op. cit.*, P. I, c. iv, pág. 26 y sigs.
 (4) Diogenes Laert. *Vita Democriti*.
 (5) *Hist. Animal.*, lib. I, c. xvi.
 (6) Celso, *In Præfat.*, pág. 5. Nápoles, 1818.
 (7) Tertuliano, *De Anima*, c. x y xxv.
 (8) Celso, *in Præfat.*, pág. 8 y sigs.
 (9) *Introduct. ad Anatomie Libros*, 8.
 (10) Riolanus, *Anthropogr.*, lib. I, c. xiii.
 (11) Bonet, *Contemplaz della Nat.*, p. IV, c. vi, pág. 178 y sigs. Nápoles, 1787.
 (12) Le Clerc, *Histoire de la Medecine*, p. III, lib. III, c. ii.—Portal, *op. cit.*, p. I, c. ix.

VI.—**Ignorancia de los árabes y de los chinos en Anatomía.**—Los árabes, que hacían de la Medicina su estudio favorito, hallaron los mismos obstáculos en las absurdas y supersticiosas teorías del Corán. Algunos de ellos, á pesar de haber renunciado á la religión de su infancia, no por eso conservaron menos ciertas preocupaciones, y sus profesores más famosos jamás pudieron sustraerse á ellas por completo (1). Otro tanto podemos decir de los chinos. Ya sea que hayan sido muy inteligentes en esta parte de la ciencia humana, como pretenden algunos autores (2), ó bien que hayan quedado hundidos en los más ridículos sistemas, como pretenden otros (3); es lo cierto que jamás pudieron ofrecer á sus alumnos escuelas regulares y completas, precisamente á causa de su ignorancia en Anatomía (4): pudiendo decirse otro tanto de todos los pueblos que no han sido iluminados por la luz del Evangelio.

VII.—**¿Por qué el Cristianismo ha autorizado la Anatomía?**—Libre la Religión cristiana de las vanas supersticiones del Paganismo y de las legales observancias del Judaísmo, sabe que *para los limpios todas las cosas son limpias* (5); que *el ojo sencillo*, es decir, *la buena intención hace al cuerpo esplendoroso* (6); que *toda criatura de Dios es buena, y no puede manchar al que la toca* (7). Sabe, además, que *las cosas invisibles de Dios se conocen por medio de las visibles* (8), y que para lograr este resultado, nada hay más útil que el examen minucioso de las partes complicadísimas, delicadas y numerosas de que se compone nuestro cuerpo (9): tampoco ignora, por fin, que estos diversos fragmentos del cuerpo humano, que el poder divino forma y vivifica por un puro acto de su voluntad (10), resucitarán infaliblemente un día, según la divina promesa (11).

- (1) Amoreux, *Essai hist. et litter. sur la Med. des arab.* Montp. 1815.
 (2) Staunton, *Authentic account of an embassy to the emperor of China.* Vol. II, pág. 534 y sig. Londres, 1797.—Le Comte, *Mem. sur l'état présent de la Chine*, tom. I, lettr. 8, pág. 299. Amsterd., 1698.
 (3) Du Halde, *Descript. de la Chine*, tom. III, pág. 461. La Haya, 1736.—Navarette, in Martinium, *Atlas Sinens*, pág. 216.
 (4) Cleyer, *Specimen medicinae Sinicae, sive opuscula medica ad mentem Sinesium*, pág. 4. Fref. 1682.
 (5) Ad Tit., i, 15.
 (6) Matth., vi, 22.
 (7) I ad Timoth., iv, 4.
 (8) Ad Roman., i, 20.
 (9) Galeno, *De Usu part.*, lib. XVII, c. iii.
 (10) Genes., ii, 7.
 (11) I ad Corinth., xv, 12 y sigs.

VIII.—¿Cómo se ha propagado la Anatomía?—En virtud de los principios expuestos, la Iglesia ha reconocido siempre y en todo lugar, que los estudios anatómicos eran no sólo lícitos, sí que también útiles y necesarios. Las más antiguas Constituciones canónicas han declarado expresamente que el horror á los cadáveres y la idea de ser manchados por su contacto, eran contrarias en absoluto al espíritu del Cristianismo (1). Entre nosotros, del renacimiento de los estudios científicos data el comienzo de la enseñanza de los estudios anatómicos en nuestras escuelas. Federico II, por consejo de su ilustre médico, dió un decreto prohibiendo ejercer la Medicina al que no la hubiere cursado (2); y no ocultaremos nuestra satisfacción por haber hallado entre los documentos de los archivos generales, que me propongo publicar, un diploma de Carlos I de Anjou, confirmando esta sabia legislación (3).

El mundo entero, despertando al fin de su prolongado y profundo letargo, ha querido aprovecharse de la caritativa iniciativa del Cristianismo. Por todas partes hemos visto inaugurarse cátedras y anfiteatros de Anatomía, y á las bibliotecas enriquecerse con los más útiles y propios descubrimientos, para llevar la Medicina por las vías del progreso.

CAPÍTULO IX

La Obstetricia, gran número de operaciones quirúrgicas y muchas otras conquistas de la Medicina son debidas al Cristianismo.

Estado de la Obstetricia en la antigüedad.—Cambio favorable producido por los principios cristianos.—Operaciones obstétricas posteriormente inventadas.—Otras operaciones quirúrgicas.—Como se han vulgarizado.—A qué esplendor ha llegado entre los cristianos la Medicina.

I.—Estado de la Obstetricia en la antigüedad.—Aunque es cierto que en la historia de ciertas naciones se lee el nombre de gran número de mujeres que, prefiriendo el imperio del espíritu al de la belleza, cultivaron con feliz éxito las diversas ramas del humano sa-

(1) *Constitut. Apostolic.*, lib. VI, c. xxvi.

(2) *Constit. Sicul.*, lib. III, tit. 46. De Medic., pág. 198 y sig. Nápoles, 1786.

(3) *Syllabus membranarum que in M. archivio Neapolit. adsercantur. Fascicul. XXXII*, n. 1 y 2, pág. 134 y sigs. n. (1).

ber (1), y que algunas de entre ellas, de quienes varios escritores nos han dejado el catálogo (2), hayan brillado particularmente en la Medicina; no puede negarse, sin embargo, que en Grecia al menos, hasta la época de Agnodés, les estaba prohibido semejante estudio, bajo pena de muerte (3); y si en los monumentos de la Roma antigua tales mujeres eran calificadas de *médicos* (4), sabemos también que éstas no eran más que simples *matronas* (5). Preciso es añadir que, por un mal entendido pudor, casi en todos los pueblos estaba prohibido á los hombres el ejercicio del arte obstétrica, lo cual explica la ignorancia que sobre tal materia tenían, aún los más renombrados profesores (6). Sucedió, pues, que aún conociendo el hombre los principios del arte, no podía aplicarlos á la mujer en el acto del parto; mientras que, por el contrario, las mujeres, en virtud de las mismas leyes, ó de la costumbre, intervenían en operaciones cuyos fundamentos ignoraban por completo. Inútil decir el gran perjuicio que de esto se seguía al género humano y á la misma ciencia médica, permaneciendo por tal motivo una de sus más importantes ramas en una perpetua infancia, y entregada á las más ridículas supersticiones (7).

II.—Cambio favorable producido por los principios cristianos.—Mucho le costó al Cristianismo desarraigar una preocupación tan antigua y generalizada. La Obstetricia, con efecto, no llegó á ser una ciencia y arte hasta Rodion (8); y podemos asegurar que su verdadera historia es todavía reciente (9). Fué preciso que el Cristianismo viniese á enseñar al mundo que *la sola violación de la caridad constituye una falta* (10); que no hay delito en hacer á los otros aque-

(1) Carol. Ant. Macchiavell., *De Mulier. Doct.* Bolonia, 1722, pág. 65 y sig.—Beilius, *De Claris veterum præcepticibus in Bideimanni Select. Scholast.*, tom. II, Fasc. 2, pág. 444.—Senichen, *De Cultu Heroinarum Sago*, vel Toga illustrium. Leipzig, 1700.

(2) Schmid., *Diss. hist. crit. De fæminis ex arte medica claris.* Leipzig, 1638.—Schmidhaver., *De Re Medica veterum græcorum, et de mulieribus medicis græcis.* Altd., 1746.—Scacher, *Diss. de fæminis ex arte medica claris.* Leipzig, 1748.

(3) Euripides, apud Stobæum Eclog., c. LX.—Hyginus Fab., c. cclxxiv, página 201.—Mythogr. Lat. Amstêrd. 1681.

(4) Martialis, lib. XI, *Epigram.* 72, *inscript.* apud Gruterum, 635, 636, y apud Fabrettum. *Inscript.* 540.

(5) Tiraboschi, *Storia Letteraria*, tom. I, pág. 268.

(6) Platner., *De arte obstetricia veterum*, Prolus. 8, tom. II, pag. 58 y sig. Leipzig, 1749.

(7) Dujardin, *Histoire de la Chirurgie*, lib. II, tom. I, pág. 151 y sig.

(8) Véase el Prefacio de Ch. Pasquale Leonardi, *Cattolica premessa all' arte ostetricia di Baudelocque*, pág. 61. Nápoles, 1819.

(9) Derm., *Introduction à la Pratique des Accouchements.* Traduit de l'anglais. Pref. pág. 39 y sig. A. Grand. 1802.

(10) 1 ad Corinth., xiii, 1.—Joan., iii, 14.

llo que quisiéramos se hiciese con nosotros mismos, mientras Dios no lo haya prohibido (1); que la verdadera culpabilidad está en *la mala disposición del corazón* (2).

Cuando se llegaron á entender y vulgarizar tales verdades, pronto se comprendió también que la asistencia á las mujeres durante el parto era obra viril; que el hombre era, por consiguiente, preferible á la mujer en estas circunstancias, por el mayor vigor en la mano, por la firmeza que da el valor, por la sagacidad en el consejo y las mayores luces de la ciencia. Por virtud de esto, ¡cuántos niños se han librado de la muerte! ¡Cuántos, por tanto, han logrado la gracia del Bautismo, mereciendo así el cielo! ¡Cuántas madres, en fin, han sido salvadas, conservándose para la educación de su familia y reproducción de la especie! Gracias á este auxilio, la escuela de Hipócrates adquirió nueva autoridad y nuevo esplendor.

III.—**Operaciones obstétricas posteriormente inventadas.**—Sabido es que, según nuestra sacrosanta Religión, nadie puede entrar en el reino de los cielos sin haber sido antes regenerado por las aguas del Bautismo (3); y que, por lo demás, el único negocio del hombre es el de alcanzar la bienaventuranza eterna (4). En su virtud, en aquellos casos en que la naturaleza no permite que el feto humano salga á luz sin el auxilio de la Cirujía, los cristianos se han aplicado con gran celo y destreza á la práctica de la *operación cesárea*, ó de la *sinfisiotomía* (5-6), para alcanzar, en primer término, la salvación eterna de la criatura, lográndose frecuentemente también obtener su vida temporal. Por tal manera se salva asimismo la madre á menudo; existiendo por otra parte la obligación estricta, rigurosamente prescrita por la Iglesia, de practicar la cesárea después de la muerte de aquélla, con el fin principal de bautizar al hijo, sea cual fuere la fecha de la gestación (7).

IV.—**Otras operaciones quirúrgicas.**—Conviene mencionar á este propósito otras operaciones quirúrgicas, inventadas por los médicos cristianos, ó á quienes se debe su perfeccionamiento y vulgari-

(1) Tob., iv, 16.—Ad Rom., xiii, 10.

(2) Matth., vi, 22; xv, 18.

(3) Joan., iii, 5.

(4) Matth., xvi, 26.—Luc., x, 42.

(5) Sprengel, *Istoria delle principali operazioni di Chirurgia*, P. II, c. iv, § 11.

(6) Merece ser leída la excelente *Memoria sobre la sinfisiotomía*, de mi excelente amigo el ilustre cirujano Genaro Galbiati, pág. 6 y sig. Nápoles, 1819.

(7) * Este párrafo ha debido ser reformado casi totalmente por nosotros.

zación. Tal sucede, por ejemplo, con la *litotomía*, ó más propiamente, la *cistotomía*, que Hipócrates prohibía á su escuela (1), y que Celso describió de un modo imperfecto, calificándola de peligrosísima (2); mientras que por la incomparable caridad de los cirujanos cristianos, esta operación se ejecuta hoy día con buen éxito (3). La *bruncotomía* pasaba como imposible en tiempo de Areteo (4). La falta de conocimientos anatómicos hacía que se emplearan medios sumamente groseros para la curación de las *hernias* (5). Las tentativas hechas en pro de la curación del *aneurisma* fueron generalmente infructuosas, casi siempre crueles y perjudiciales (6); y aún en las grandes *amputaciones* se cometían grandes yerros que la ciencia moderna ha debido corregir (7).

Los progresos efectuados en Cirujía, débense, pues, más bien que al tiempo, á la caridad de los médicos, que resultó más industriosa y eficaz á impulsos de las enseñanzas sacrosantas de la Religión cristiana. Conviene tener en cuenta, pues es un punto esencial, lo que sucede con los enfermos, que si se someten voluntariamente á las operaciones más dolorosas, es menos por amor á la vida (este amor natural no suele producir tan heroica paciencia), que por resignación cristiana (8). La Religión enseña, en efecto, que es preciso *abandonarse en manos de los médicos, en expiación de nuestras culpas* (9), practicar la *sumisión á la divina voluntad*, y ejercitar *la paciencia en las tribulaciones* (10).

V.—**Cómo se han vulgarizado.**—Hoy día, todas aquellas operaciones se practican sin misterio, y se enseñan públicamente á los estudiantes, siendo tal sistema debido ciertamente á la moral cristiana, que exige se divulgue lo que puede aprovechar al prójimo, y que *no se encubra la sabiduría en ocasión en que debe ostentarse* (11); y que promete finalmente al hombre bienhechor grandes recompensas en el

(1) *Jusjurand.*, Oper., tom. I, pág. 1. Génova, 1657.—Meibom., *Comment. ad Jusjur.*, pág. 151 y sig. Leide, 1643.

(2) Lib. VII, c. xxvi, tom. II, pág. 112 y sig. Nápoles, 1819.

(3) V. Troia, *Lezioni intorno á mali della vescica urinaria*, tom. II, secc. 2, art. 34.

(4) *Curat. acut.*, lib. I, c. vii, pág. 88. *Edit. Boerhaav.*

(5) Sprengel, *Istoria delle principali operazioni di Chirurgia*, p. II, c. i, § 1.

(6) *Id.*, *Ibid.*, p. II, c. vi, § 1.

(7) Celso, lib. VII, c. xxxiii, tom. II, pág. 129. Nápoles, 1819.

(8) * Hoy día, con el empleo de los anestésicos, ya no ha lugar á lo expuesto por el autor.

(9) Eccli., xxxviii, 13.

(10) Ad Rom., v, 3 y xii, 22.—II ad Corinth., ix, 17.

(11) Eccli., iv, 28 y sig.

tiempo y en la eternidad (1). La Sagrada Escritura alaba en gran manera también á aquel que *comunica la sabiduría sin envidia* (2), y predica el desprecio de la *vanagloria* y de la *baja envidia* (3). Por esto vemos hoy día en las ciudades cristianas cómo se enseñan públicamente todas aquellas partes de la Medicina, que en otros tiempos quedaban envueltas en el misterio, ó en fórmulas inadecuadas al carácter del médico cristiano.

Podríamos aquí lamentarnos de la excesiva abundancia y facilidad de socorros y remedios esparcidos al público; siendo de temer que los jóvenes médicos, creyéndose por tal motivo dispensados de un estudio serio y asiduo, no se contenten con una miserable y funesta *superficialidad* (4).

Para evitar esta desgracia, recuerden los profesores á la juventud, que la escuela basta apenas para formar medianos estudiantes; que sólo el estudio profundo hace á los hombres profundos (5), y que, como ya indicaba en su tiempo el Padre de la Medicina, *la vida entera del hombre es muy breve parangonada con el arte* (6).

VI.—A qué esplendor ha llegado entre los cristianos la Medicina.—No terminaré esta parte primera de mi obra sin recordar que, si nuestra Santa Religión ha protegido siempre las ciencias y las artes (7), imponiendo también á ciertos fieles el deber de cultivarlas (8); si á menudo fué vilipendiada y perseguida por la ignorancia (9); todo esto indudablemente debió favorecer el progreso de las ciencias, especialmente de la Medicina. En su lugar veremos, de hecho, cuán ignorantes han sido aquellos médicos que han despreciado el Cristianismo; y del mismo modo veremos cómo éste obliga y hace un deber de conciencia del estudio de la Medicina, á los que quieren ejercerla.

Baste por ahora decir que esta rama del saber humano ha sido muy estimada siempre de los cristianos (10), como sumamente ventajosa á la humanidad (11). Y en verdad, ¿qué otra profesión ha recibido

(1) II ad Thesalon., III, 13.—III Joan., 11.

(2) Sap., VII, 13.

(3) Ad Galat., V, 26.

(4) V. Andrés, *Diss. sopra le cagioni della scarsezza de' progressi nelle scienze in questi tempi*. Ferrara, 1779.

(5) Bac. a Verul., *De augm. Scient.*

(6) *Aphorism.*, Sect. 1, Aph. 1.

(7) Colangelo, *L'irreligiosa libertà di pensare nemica del progresso delle scienze*, c. X y XI.

(8) Isai., XXIV, 15.

(9) Clem. Alexand., *Admon. ad gent. In princ.*

(10) V. más arriba, c. V.

(11) S. Jerónimo, *Epist.* CXIII.

de la Iglesia tan magníficos honores (1)? ¿Cuántas escuelas públicas y privadas no se han abierto en las metrópolis cristianas? ¿Con qué acierto no se han repartido los profesores la enseñanza para la mayor utilidad de la juventud? ¿Cuándo se vió jamás tan gran número de obras publicadas sobre dicha institución, tantos descubrimientos, tantas mejoras é instituidas tantas Academias, cual se ven hoy día entre nosotros? Tenemos el derecho de proclamar en alta voz que nada de esto existiría en el mundo si el Evangelio de Jesucristo no reinase soberanamente: y uno se pregunta, admirado, con un ilustre autor, *¿que sería el mundo si el Cristianismo no existiera* (2)?

(1) V. más arriba, c. VI.

(2) Chateaubriand, *Genie du Christianisme*, lib. VI, c. XIII, pág. 173 y sigs. Trad. ital. Nápoles, 1822.